

CARLOS GONZÁLEZ SOSA

LOS SEÑORES DE
LOS SIETE TRONOS

VOLUMEN
I

LA PUERTA

LA PRECUELA



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Conoce de dónde surge Los señores de los Siete Tronos: una sorprendente historia fantástica con frenéticas aventuras y un ritmo vertiginoso que atraparé a los fans de Laura Gallego, Patrick Rothfuss, J. R. R. Tolkien y George R. R. Martin. Los señores de los Siete Tronos lo componen dos volúmenes: La puerta (octubre de 2014) y El holocausto (marzo de 2015). Una misión peligrosa y una reconciliación frustrada instigarán una venganza personal. Persecuciones desenfundadas y luchas desgarradoras desatarán un conflicto inesperado. Un hechicero intentará alcanzar la Puerta que une los mundos para pedir clemencia a los dioses, quienes sospechan del creciente poder de los hombres. Sin embargo, los dioses lo estaban esperando. Necesitaban que alguien abriese ese portal para poder enviar a sus criaturas a cumplir con sus designios. Y así es como le sustraerán sus poderes arcanos y le impondrán el castigo más cruel que un hombre podría soportar. Por eso, el hechicero despertará al Nazrée. Sin embargo, aun dominando a esta criatura infernal, su misión no será nada fácil: orcos, elfos y enanos se han unido a los esbirros de los dioses para exterminar a los humanos. La guerra no ha hecho más que comenzar.

L=LIBROS

Carlos González Sosa

Los Señores de los Siete Tronos. Precuela

Los Señores de los Siete Tronos - 0

Con un cuidado exquisito, el Orador mojó la pluma en el frasco de tinta. Antes de comenzar a escribir, respiró hondo y cerró un instante los ojos. Las arrugas que se formaban en sus pronunciadas ojeras estaban cada día más oscuras. Entonces los volvió a abrir, y sus iris celeste titilaron bajo aquellas cejas níveas y pobladas, empañados por unas lágrimas que no consiguieron rodar hacia sus mejillas ajadas.

Su mano temblorosa se acercó despacio a la hoja de papel, y la pluma comenzó a dejar tras de sí los primeros trazos:

Mi muy estimado amigo:

Supongo que esta carta te sorprenderá, tras todos estos años de silencio. Y estoy seguro de que sabrás que tan solo un motivo de vital importancia me llevaría a abandonar mi vida de recogimiento y oración para escribirte estas letras.

El Orador detuvo la pluma. A su alrededor todo era silencio, ahora que su mano se había detenido. Su mirada cansada se paseó por la biblioteca. No había nadie en aquel lugar; en aquel templo del conocimiento, donde los manuscritos, tan antiguos como la Memoria de los Tiempos, atestaban interminables hileras de anaqueles. Aquellos volúmenes escondían sombríos secretos que el mundo desconocía, secretos que, por el bien de los hombres, permanecerían ocultos entre aquellas paredes para siempre. Continuó con su pulcra grafía:

Mi buen Dorken, el mundo que conocemos se desvanece, se sumerge en tinieblas. Un mal espantoso nos acecha. No sé qué hacer. Necesito tu ayuda, amigo mío, tu inestimable consejo.

Te ruego que perdones mi osadía, pero me veo obligado a pedirte que acudas al Templo del Silencio de Vyliareth lo antes posible. Tus poderes, hechicero, y tu buen juicio, son mi única esperanza.

Siento no poder revelarte más detalles en esta carta, pero he de ser cauto. Confío en que tú también mantengas esta discreción. Por favor, dale a mi heraldo una respuesta escrita que no pueda leer. Cuanto menos sepa sobre todo este asunto, mejor será para todos.

Te estaré esperando con impaciencia.

La tilde que el Orador marcó sobre su propio nombre se asemejaba a una gota de sangre, y este la observó en silencio, asintiendo mientras se enarcaban sus cejas albinas. Nada podía haber sido más apropiado.

Esperó a que se secase la tinta antes de plegar el pergamino en tres. Luego calentó una barra de lacre sobre la moribunda llama de una vela y dejó caer algunas gotas, en las que estampó el sello con su emblema personal.

Finalizado el proceso, se puso en pie. Y allí permaneció, mirando la carta, que dormía sobre la mesa. Su semblante macilento se crispó, y el mentón comenzó a temblarle. Deseó con toda su alma poder romperla, poder dejar al mago al margen de todo. ¿Hasta qué punto tenía derecho a inmiscuirlo en aquel asunto?

Entonces, incapaz de aguantar más, se llevó las manos al rostro y rompió a llorar, sus hombros sacudidos por los temblores. Sus llantos parecían reptar por las paredes, entre los manuscritos, y saltar otra vez hacia él, acusándolo.

—Otra vez no —balbuceó entre sollozos, mientras se dejaba caer de rodillas junto a la mesa—. Otra vez no...

Los relámpagos restallaban en la inmensa bóveda oscura como latigazos de los dioses, quebrando la insondable negrura de aquella noche sin luna. Tras ellos, los truenos retumbaban con fuerza, haciendo temblar la tierra, y la lluvia se tornaba aún más intensa.

Bajo aquel diluvio, el Orador repitió una vez más sus instrucciones al heraldo:

—¡Recuerda —tuvo que alzar la voz para hacerse oír entre el estruendo de la lluvia—: debes dársela únicamente al propio hechicero; en persona!

El emisario asintió, solícito. Uno de sus ojos estaba cubierto por un fino velo blanquecino que le obligaba a pestañear de forma compulsiva, mientras las gotas de lluvia resbalaban por su rostro, que aquellos insistentes rayos iluminaban por momentos.

—Descuidad, Orador, no os fallaré.

Tihél desvió la mirada hacia la montura que esperaba unos metros más allá.

—Es un buen caballo: aguantará el viaje. —Como si le hubiese escuchado, el animal relinchó y golpeó la tierra mojada con las patas delanteras—. Las alforjas están llenas, pero el camino es largo. No aminores el ritmo o se te acabarán los víveres.

—No lo haré, Orador. Podéis confiar en mí.

El anciano esbozó una sonrisa cansada.

—Lo hago, mi leal servidor. Por eso te envió a ti, y no a otro.

El mensajero le devolvió una sonrisa torcida. La parálisis parcial de su cara no le permitía expresar el regocijo que le producía poder ser útil a su superior.

—Gracias, Orador —contestó, haciendo una leve reverencia antes de acercarse a su montura y escalar a su lomo.

Tihél permaneció bajo la creciente lluvia hasta que la silueta del jinete se diluyó en la noche. El chapoteo de las herraduras del animal al enterrarse en el barro se fue apagando a medida que se alejaba.

—Que los dioses te acompañen, Assín —musitó.

El joven muchacho se hallaba segando la hierba de los campos de cultivo que rodeaban la cabaña cuando oyó a su madre, que lo llamaba con un tinte de temor en la voz.

—¡Íhllion! ¡Hijo, entra en casa!

El chico levantó la cabeza sin soltar el mango de la hoz. A lo lejos, un caballo trotaba despacio hacia la cabaña. Sobre su grupa, el jinete que lo dirigía, vestido con un hábito color haya, se balanceaba siguiendo la cadencia de los pasos de su montura.

Íhllion desvió la mirada hacia el bosque que había más allá de las lindes de aquellas tierras de cultivo. Su padre se había internado en él para encontrarse con aquel ser al que ningún otro miembro de la familia jamás había conocido. Lo que hubiera dado él por poder verlo de cerca. Pocos humanos creían en la existencia de aquellos seres, a los que se consideraba parte de las leyendas, de los cuentos populares. Pero él sabía que los elfos existían; porque de vez en cuando veía a aquel acercarse a los linderos del bosque para encontrarse con su padre. Desde la distancia, observaba su figura espigada detenerse bajo la sombra de los últimos árboles, pero no conseguía distinguir nada más. Nunca había llegado a acercarse lo suficiente.

—¡Íhllion! —volvió a gritar la mujer, sin apartarse de la puerta de la cabaña.

Con la guadaña aún en la mano, el chico obedeció a su madre y se apresuró hacia la casa.

Ambos permanecieron bajo el dintel de la robusta puerta de madera hasta que el misterioso jinete llegó hasta ellos, al mismo paso lánguido al que había aparecido.

El acólito los miró con expresión sombría, como si se dispusiera a anunciarles que su hora había llegado. Tan solo aquel hábito, propio de los servidores de los clérigos, consiguió que la mujer no tirase del brazo de su hijo mayor y atrancase la cabaña a cal y canto.

—Busco a un hombre llamado Dorken —anunció el jinete, con una voz casi metálica que heló la sangre del chico. Tenía una extraña parálisis en el rostro.

—Es mi marido —contestó ella, sin moverse de la entrada, apretando con fuerza el cuchillo que guardaba a su espalda.

El mensajero dejó escapar un leve suspiro, entornando los párpados. Y entonces, con un tono que ahuyentó los miedos de la mujer, añadió:

—Gracias a los dioses. Decidle, señora, que un mensajero ha venido desde Vyliareth. Tengo una carta para él. Es... es muy importante que se la entregue cuanto antes.

La mujer sintió una punzada en el estómago. Desde Vyliareth... ¿Qué podría ser tan importante para enviar a un heraldo desde la Gran Urbe con una carta para el hechicero?

—Hijo, ocúpate de su caballo —ordenó. Luego, armándose de valor, y segura de hacer lo correcto, se dirigió al extraño viajero—. Pasad, mi marido no tardará.

Cuando el servidor de Tihél desmontó, Íhlion tomó las riendas de su montura y la condujo a la parte trasera de la cabaña, sin perder de vista al hombre hasta que este siguió a su madre al interior.

—¿Queréis comer algo? —preguntó la mujer, cruzando el salón donde sus dos hijos pequeños jugaban y acercándose a la lumbre de la cocina.

El adusto jinete demoró su respuesta. No sabía si era prudente aceptar aquel ofrecimiento. Solo cuando los dos críos dejaron sus juegos y se sentaron en el suelo, mirándolo con curiosidad, se animó a responder: el olor que desprendía la olla había quebrado su voluntad.

—Os... lo agradecería, señora. La salazón que traía se me acabó hace... tres días —confesó.

Íhlion entró a la cabaña justo a tiempo de ver cómo su madre ponía un plato de cocido en la mesa, ante el viajero, que lo miraba como si llevase años sin probar bocado. Se acercó despacio, sorprendido con la manera en que aquel mojaba el pan en el plato y lo engullía con voracidad, incapaz de contenerse.

—Venís desde muy lejos —dijo la mujer, tratando de averiguar algo sobre aquella carta. El viajero levantó un instante la mirada y siguió comiendo.

—¿Conocéis a mi marido?

—No, señora. El Orador solo me ha ordenado...

—¿El Orador? —lo interrumpió ella—. ¿Os referís a uno de esos Oradores del Templo del Silencio? ¿Han sido ellos...?

El rostro del acólito palideció. Había hablado demasiado. Tihél se lo había dejado claro: « Este asunto concierne solamente al hechicero » .

En aquel momento, la puerta de la casa se abrió y entró un hombre robusto, con una túnica raída y una capa de piel sobre los hombros. Todos guardaron silencio, y el hombre permaneció junto a la puerta unos instantes, sorprendido de encontrar a aquel extraño sentado a su mesa.

—¿Sois... sois vos Dorken, el hechicero? —preguntó el heraldo, poniéndose apresuradamente en pie, avergonzado aún por no haber sabido mantener la boca cerrada.

El mago asintió en silencio. Su mujer y su hijo mayor lo miraban con expectación.

—Tengo... —Con manos torpes, el viajero buscó entre sus ropajes hasta que encontró lo que buscaba—. Esta carta es para vos.

Dorken afiló la mirada y se acercó a él. Tomó la carta de su mano y examinó el lacre.

—¡Tihél! —exclamó para sí con voz queda. Entonces levantó la mirada hacia su mujer, turbado.

Sin perder tiempo, rompió la pasta carmesí y desplegó el pergamino. Mientras lo leía, su esposa pudo percibir en su semblante la preocupación que lo iba conquistando, como la crecida de un río.

Entonces el mago volvió a clavar sus ojos color miel en ella, y esta lo supo. Supo que su marido pronto tendría que dejarles. Supo que algo grave ocurría. Pero ante todo supo, sin la menor sombra de duda, que Dorken tenía miedo.

Fuera, el sol languidecía ya, y el cielo se sonrojaba, surcado por una bandada de veloces golondrinas que revoloteaban sin orden alguno.

—Termina de comer. Recupera fuerzas —sugirió el hechicero al extraño, mientras doblaba ensimismado la carta—. Puedes pasar la noche aquí... —Su mirada se trabó con la de la mujer.

Nel ahogó un gemido.

El eco de aquellas palabras quedó flotando en la angustiada atmósfera que había invadido la cabaña.

Jamás imaginó ninguno de los que allí se hallaban que la mejor de las suertes hubiera sido que aquel hombre nunca hubiese llegado a su destino, que nunca hubiese entregado aquella carta. Pues a partir de aquel día, nada volvería a ser igual...

—Os lo agradezco, pero... el Orador me espera. Preferiría partir esta misma noche con vuestra respuesta.

Dorken asintió en silencio. Aquel apremio solo podía significar que Tihél le había exigido la máxima premura. ¿Qué podía ser tan urgente?

—Como desees —contestó. Cuando ya se dirigía hacia las escaleras, se volvió nuevamente hacia el jinete—. ¿Sabes qué es lo que quería contarme el Orador? —preguntó.

—No, señor. Me... me dio esa carta y me ordenó que os la entregara en persona. También me dijo que no volviese sin una respuesta vuestra.

El hechicero asintió una vez más. Entonces subió con pasos lánguidos y pesados las escaleras de madera que llevaban a su habitación, en el piso alto de la cabaña.

Poco tardó Nel en subir tras él. Cuando llegó al cuarto, su marido miraba a través

de los cristales de la ventana.

Fuera, la oscuridad conquistaba ya la región, convirtiendo los árboles que se alzaban en las lindes del bosque en gigantescas sombras enhiestas.

—¿Qué ocurre, Dorken?

El hechicero sacudió lentamente la cabeza antes de girarse hacia la mujer.

—Lo... lo desconozco, cariño. Me reclaman en Vyliareth: eso es todo lo que sé.

La mujer no se apartó de la puerta. En sus ojos se podía leer una congoja que casi no le permitía hablar. Sin apartar la mirada de su marido, volvió a preguntar.

—Dorken, ¿qué... decía esa carta? ¿Por qué te reclaman los Oradores? —su voz salió rota de su garganta.

El mago miró hacia la mesilla donde había dejado el pergamino que lo había cambiado todo. El Orador le pedía discreción, pero ¿cómo podía partir sin dar una explicación a su propia esposa?

—¿Recuerdas a Tihél? Te he hablado alguna vez de él. Es uno de los Oradores de Vyliareth.

Nel asintió.

—Lo recuerdo.

—Es... es un hombre de grandes recursos. Jamás he percibido el más mínimo temor en él —le explicó, acercándose a la mesilla y recogiendo la carta—. Hasta ahora —concluyó, entregándosela. Aquellas últimas palabras salieron de sus labios en un quedo susurro casi imperceptible.

Nel leyó el pergamino. El silencio de la habitación pesaba sobre ella como una gran losa. A medida que sus ojos navegaban por las palabras que Tihél había escrito, comenzó a comprender qué era lo que había ensombrecido el semblante de Dorken.

—No puedo negarme a ir —musitó el mago mientras se acercaba a la mesa que había junto a la pared y cogía un nuevo pergamino del cajón.

La mujer trató de dibujar una sonrisa en su rostro, pero tan solo consiguió mostrar una extraña mueca.

—¿Y por qué te llama a ti? Hace muchos años que no lo ves.

Dorken levantó la vista de la hoja donde iba a comenzar a escribir, pensativo. Sí, también él se preguntaba lo mismo.

Incapaz de responder, se encogió de hombros y comenzó a escribir.

—Bajaré a prepararle a ese hombre algunas viandas para el viaje —le comunicó Nel.

—Te lo agradezco. —La sonrisa que compuso el hechicero tampoco convenció a su esposa.

Una vez se cerró la puerta, continuó escribiendo.

Estimado Orador Tihél:

Me alegra tener noticias vuestras, aunque sea en estas circunstancias.

He de deciros que no comprendo el fin de vuestra carta, que no entiendo qué tengo yo que ver con los problemas que puedan acechar Vyliareth. Sin embargo, en aras de la amistad que nos une, acudiré a vuestro Templo.

Estamos en época de recogida, y he de ayudar a mi familia. En cuanto me sea posible me pondré en camino.

Confío en que al final todo esto no sea más que una buena excusa para volver a vernos.

Con respeto y admiración,

Dorken

En el piso bajo, el hijo mayor del hechicero trataba de arrancar algo de información al extraño, fascinado tanto por su misteriosa personalidad como por su oficio de heraldo de los Oradores.

—¿Cuánto habéis tardado en llegar hasta aquí desde Vyliareth?

El viajero lo miró con suspicacia. Sus años como mensajero le habían enseñado a hablar sin decir nada.

—Más de lo que hubiese querido —contestó, eludiendo una respuesta más concreta.

—Jamás... he visto una gran ciudad —musitó el joven, su mirada perdida más allá de las paredes de madera de aquella granja.

El heraldo se levantó y caminó hasta la ventana.

—Créeme, la vida es más sencilla lejos de las urbes —dijo.

Los hermanos pequeños de Íhlion continuaban jugando en el salón, levantando la vista de cuando en cuando hacia aquel hombre que había irrumpido en su monótona existencia.

En aquel momento, Nel bajó las escaleras y se arrodilló junto a ellos.

—Es tarde y a, pequeños príncipes.

—¡Mamáaaa! —protestaron, como cada noche.

—Subid. Vuestro padre está arriba —contestó la mujer, sin mostrarse demasiado paciente.

Los niños percibieron aquella inquietud en la mujer y decidieron no protestar más por esta vez.

Cuando Nel caminó hasta la cocina, tanto su hijo como el viajero la siguieron con la mirada.

—Os prepararé algo de alimento para vuestro viaje de vuelta.

—Os lo agradezco, señora.

—Íhlion, tráele el caballo a la parte de delante.

—Sí, madre.

Antes de salir de la cabaña, miró un instante atrás. El viajero había vuelto a la ventana. Parecía impaciente por partir.

En el piso alto, el hechicero contempló una vez más a los niños, tapados hasta las orejas para mitigar el frío de la noche, y salió de la habitación, llevándose consigo el candel que iluminaba sus pequeños rostros inocentes.

Tras dejar la puerta entornada, volvió a coger la carta del Orador una vez más.

...el mundo que conocemos se desvanece, se sumerge en tinieblas. Un mal espantoso nos acecha. Y no sé qué hacer. Necesito tu ayuda, amigo mío, tu inestimable consejo.

Por fin, la dejó sobre la mesa y recogió la que él había escrito. Su propio sello marcaba el lacre que había vertido sobre ella para garantizar su privacidad. Con aquella respuesta en la mano, bajó las escaleras en busca del extraño mensajero.

Este se hallaba ya en el exterior, colocando en las alforjas las viandas que Nel le había proporcionado. La mujer y el joven estaban con él.

—Dadle esto al Orador —lo instruyó el mago.

El heraldo cogió la carta y permaneció unos segundos con ella en la mano, esperando que el hechicero añadiese algo más. Ignoraba qué solicitaba Tihél de aquel hombre que había consagrado su vida a la magia, e ignoraba qué respuesta le brindaba Dorken. Pese a su intachable eficiencia como mensajero de los Oradores, sentía una creciente curiosidad por saber qué había llevado a Tihél a enviarlo hasta aquel lugar remoto con tanta urgencia.

Finalmente, puesto que el hechicero nada decía, guardó la carta en una de las alforjas y agachó la cabeza en una pequeña reverencia.

—Gracias por la comida, señora. Señor, llevaré vuestra respuesta al Orador. Chico.

Dicho esto, se encaramó a su montura y partió de la misma forma que había legado.

No llovía aquella noche, pero negras nubes custodiaban a la luna en las alturas, ahogando su luz cerúlea y sumergiendo al viajero en una oscuridad insondable.

El hechicero y su familia permanecieron allí hasta que la nebrura de la noche engulló al jinete. Sin embargo, aun cuando aquel misterioso hombre había desaparecido entre las sombras, el fantasma de su visita pesaría sobre ellos... el resto de sus vidas.

Aquella fue la noche más larga que Íhlon había conocido jamás. Sentado en su cama, aferrándose las rodillas, recordaba la sobrecogedora visita del mensajero de Tihél. No podía quitarse de la cabeza aquel ojo velado, extraviado, que parecía haber hurgado en su alma; ni su inusual parálisis facial; ni su caminar

lánguido, como si llevase sobre sus espaldas una gran culpa; ni sus condescendientes palabras: « La vida es más sencilla lejos de las urbes» . ¿Serían ciertas? En cualquier caso, pensó el muchacho, ¿quién busca una vida sencilla?

La llamada de la gran ciudad se alojó definitivamente en su mente.

Tampoco Nel podía dormir. Dos veces había revisado los cierres de postigos y puertas. Lo que se había alojado en su mente no era una mera llamada, sino un temor, un miedo inexplicable que le retorció las entrañas. Acostada de lado junto a su marido, miraba hacia la pared de madera y trataba de convencerse de que los problemas de Vyliareth no eran sus problemas, de que vivían demasiado lejos de aquellas regias murallas que tantas leyendas habían suscitado. Y, sin embargo, algo en su interior le decía que no importaba cuán lejos estuviesen: un terrible mal les aguardaba...

Poco después del amanecer, tras un frugal desayuno en el que el silencio había sido la nota predominante, Dorken segaba el trigo junto a su hijo mayor. Las hoces cercenaban sin descanso, y las espigas iban quedando amontonadas a sus espaldas.

—Padre, anoche madre dijo algo sobre un templo.

El hechicero se detuvo y miró hacia el extenso campo de trigo que aún quedaba por delante. La mano del viento lo acariciaba con suavidad, formando en él pequeñas ondulaciones doradas.

—Tu madre hablaba de un Templo del Silencio... —musitó—. Los hay en muchos rincones de nuestro mundo. Es en ellos donde los Oradores hablan con nuestros dioses, hijo. Dicen que el silencio es tan grande en esos santuarios que los sacerdotes pueden escuchar sus dictados.

—¿Es... eso posible? —El joven siempre había sido algo escéptico.

—Yo me he dedicado a la magia, hijo, no a la religión —respondió Dorken.

—Y entonces, ¿por qué vas a acudir?

—Conozco a Tihél desde hace muchos años, y nos une una buena amistad. Siempre debes estar ahí cuando un amigo te necesita. —Íhlon lo miró unos instantes, orgulloso de que aquel hombre fuese su padre, y continuó segando. Poco después, el hechicero volvió a hablar—: Antes de irme hablaré con Leigel.

—¿El elfo? —preguntó Íhlon, deteniéndose una vez más.

Dorken asintió.

—Me sentiré más tranquilo si sabe que estaré ausente por algún tiempo.

—Yo sabré cuidar de la familia, padre —protestó Íhlon, aunque su voz sonó trémula, insegura.

—Lo sé, hijo, pero estarás muy ocupado con la siembra. Me quedaría más tranquilo si él se merodease por los alrededores de vez en cuando.

—No servirá de nada. Nunca se acerca a nosotros. ¿Cómo va a vigilar la granja si no se acerca a ella?

—Los elfos son seres extraños, Íhlon. Jamás se aproximan a los humanos.

—Padre... —El hechicero afiló la mirada. Sabía que su hijo le iba a preguntar lo que tantas veces había callado—: ¿Cómo... cómo lo conociste? ¿Por qué vuestra amistad es tan...?

—¿Inquebrantable? —acabó Dorken por él. Y con una sonrisa mustia, añadió —: Cada diez inviernos, un elfo abandona su poblado. Parte hacia algún lugar alejado de los suyos para vivir en soledad, y apreciar así lo que les brinda el cobijo de la comunidad que durante dos estaciones dejará atrás. Si tiene familia, la lleva con él, como parte del aprendizaje.

El joven había dejado de segar y escuchaba con suma atención. Era la primera vez que su padre le hablaba de Leigel. Tan absorto estaba en aquel relato, que no percibió cómo el semblante del hechicero se ensombrecía.

—Las pocas personas que han logrado ver a un elfo lo han hecho en esos difíciles momentos. Jamás lograrían ver a uno en el corazón de sus bosques, en sus poblados —le informó, antes de seguir relatando—. Por aquel entonces, mi insaciable sed de conocimientos me llevaba de acá para allá en busca de libros, de ingredientes para mis brebajes, de... sabiduría. Aquel verano recorría las áridas tierras al noroeste del Bosque de Nazrée. —Hizo una larga pausa antes de continuar—. Fue allí donde vi por vez primera a Leigel. Estaba... agonizando. —Esta vez la pausa fue aún más larga. El hechicero se apoyaba en el astil de su guadaña, con la mirada perdida entre las espigas de trigo. De pronto, incapaz de continuar, se enderezó—. Sigamos hijo. Hay mucho trabajo por delante. —Y con esas palabras comenzó a segar.

Íhilion lo observó sin decir nada, sorprendido por el dolor que había descubierto en sus ojos. Decidido a respetar su silencio, continuó segando también él.

Sin embargo, la cascada de recuerdos que bañaba ahora la mente de Dorken lo estaba ahogando. Mientras recolectaba el cereal, sumido en un mutismo absoluto, el campo de trigo que recolectaba se fue transformando ante sus ojos en las áridas praderas de las que había hablado a su hijo. La hierba, alta y seca, se dejaba mecer por la brisa primaveral que bañaba aquellas tierras.

Las patas herradas de la montura de Dorken se enterraban en la hierba, quebrándola a su paso, y el hechicero se balanceaba sobre su lomo, hastiado tras una larga jornada de camino.

De pronto, el caballo se detuvo y, nervioso, comenzó a piafar. Con todos los sentidos alerta, el hechicero preparó un ensalmo. Hacía ya mucho tiempo que su corazón dejaba de acelerarse en momentos de peligro, y era en cambio su mente la que había adquirido esa rapidez.

El viento continuaba soplando, formando pequeñas olas en aquel mar de hierba que se perdían en la lejanía.

Sin apartar la mirada de las tierras que lo rodeaban, acarició el cuello de su montura y la instó a seguir adelante.

El primer cuerpo lo encontró poco tiempo después. Una flecha que apuntaba al

cielo había delatado el lugar donde se hallaba. Dorken desmontó y desnudó la espada que llevaba atada a la silla del caballo. El inconfundible hedor a muerte comenzó a impregnarlo a medida que se acercaba a la víctima.

Era un hombre de mediana edad. Yacía boca arriba, con los brazos y las piernas abiertos. La flecha había atravesado el peto de cuero que vestía. Las alimañas y los gusanos habían dado buena cuenta de él, dejando tan solo algunos restos para las insaciables moscas que revoloteaban llenando el aire de un zumbido ensordecedor.

El hechicero levantó la vista. A una veintena de metros de allí, dos hombres más habían encontrado el mismo destino. Con pasos cautelosos, se acercó a ellos. Una flecha atravesaba la garganta de uno de los hombres, mientras que otra estaba incrustada en un ojo de la segunda víctima.

Reprimiendo las náuseas que le provocaba aquel hedor, se agachó y examinó la flecha. Su manufactura era exquisita. Dos líneas negras recorrían el astil, y el plumaje parecía haber sido trabajado con una maestría que pocos armeros podrían igualar.

El mago volvió a mirar a su alrededor. El viento continuaba peinando la hierba, transportando el olor de la muerte allá donde iba. Hasta la pequeña colina que se levantaba frente a él no se veían más cadáveres.

Y, sin embargo, algo hizo que un escalofrío recorriese la espina dorsal del mago. Tras él, su montura avanzaba despacio y resoplaba, inquieta. Dorken aferró las riendas y ascendió hasta la colina.

Entonces lo vio.

Seis lobos devoraban uno de los cuerpos. Al oisquear al hechicero —pese a hallarse envueltos en aquel hedor a podredumbre—, levantaron sus hocicos ensangrentados hacia él. La sangre goteaba sobre el suelo estéril, levantando nimias volutas de polvo.

Había más de doce cadáveres. Los cuerpos, diseminados aquí y allá, pintaban la pradera de rojo. Un hombre colgaba bocabajo de un árbol seco, amarrado por los pies a una de sus ramas. Cuatro flechas lo atravesaban. Dorken descendió la colina y se acercó a él. Los lobos aún no lo habían tocado, pero un cuervo desplegó las alas y echó a volar, llevándose uno de sus ojos en el pico.

El hechicero siguió al cuervo con la mirada, y luego la devolvió al cuerpo colgado. En aquel momento sintió un repentino hormigueo. Aquel rostro pintado, aquellas vestimentas... No cabía duda: era un nigromante, un brujo que dedicaba su oscura existencia a jugar con la vida y la muerte de aquellos que caían en sus manos. Esta vez, sin embargo, la Muerte había acudido para llevárselo a él a sus dominios.

Una idea comenzó a tomar forma en la mente de Dorken: primero aquellas flechas, tan perfectas, tan delicadas; y ahora aquel cuerpo colgado de un árbol, bocabajo, a merced de las alimañas y las aves carroñeras...

—¡Elfos! —musitó para sí. Había leído sobre algunas de las costumbres de los elfos, y sabía que aquel era el castigo que daban a quienes cometían algún acto atroz; si bien era cierto que solían reservarlo a los de su propia raza...

Si sus sospechas eran ciertas, el peligro que corría era mucho mayor de lo que había imaginado. Aquellos seres de ojos rasgados eran sumamente hábiles con el arco, y se movían con un sigilo absoluto.

A pesar de todo continuó avanzando. La montura se mostraba más y más inquieta. Resoplaba sin cesar y ralentizaba sus pasos.

Hasta que ya no quiso avanzar más.

Dorken tiró de las riendas, pero el animal comenzó a boquear, atemorizado, y se alzó sobre sus cuartos traseros.

Consciente de que algo más que aquellos cadáveres estaba asustando al caballo, examinó los alrededores. Tenía una extraña sensación, tal vez la misma que aquel fiel semental, como si un aura de poder flotase en el aire. Por un momento desvió la mirada atrás, hacia el árbol. En un principio había pensado que emanaba del brujo que había allí colgado, pero inexplicablemente, cuanto más se alejaba del árbol más crecía la fuerza...

Dorken afiló la mirada. Aquello solo podía significar dos cosas: o había cerca de allí otro ser versado en las artes arcanas, o el poder que aquel brujo había manejado cuando estaba vivo se hallaba ahora encerrado en el objeto que se lo había brindado...

Entonces lo vio. Allí estaba, a unos pasos de él, semicubierto por la hierba.

Era un báculo.

Negro como el corazón de un orco, perfecto como la rueda del tiempo, aquel bastón debía de haber pertenecido al brujo. Dorken se agachó junto al objeto, mientras a su espalda el caballo volvía a piafar. Acercó despacio la mano al fascinante objeto: por vez primera en mucho tiempo su pulso temblaba, y su corazón parecía saltar en su pecho.

Sus dedos enjutos, palpitantes, acariciaron la pulida superficie del báculo.

De pronto, un torrente de energía sacudió al mago, que saltó hacia atrás, con los ojos abiertos de par en par y la respiración agitada. Lo había visto. Había sido tan solo un brevísimo instante, pero lo había visto. Había visto al verdadero dueño de aquella fuente de poder: se sentaba en un trono de piedra de cuyo respaldo sobresalía una veintena de pétreas serpientes que dejaban el rostro de aquel ser colosal en penumbras. Y aun así, a pesar de la oscuridad, a pesar de la congoja que lo atenazaba, había visto con extrema nitidez sus ojos, negros como la pez, profundos, aterradores. Un charco de sangre bañaba el mármol blanco a los pies de aquel trono, y miles de gritos espeluznantes, provenientes de más allá de aquellos muros, llenaban la sala.

A pesar de que la visión había sido muy confusa, Dorken supo, sin ninguna duda, a quién había visto.

—El Señor... de las Almas —susurró.

Su mirada retornó al Báculo, tan negro como aquellos ojos que aún flotaban en su mente.

Sin perder un instante se puso en pie y se apresuró hasta su montura, que había retrocedido unos pasos y esperaba varios metros por detrás. De una de las alforjas sacó una manta de lana y un trozo de cordón, y volvió ante el Báculo Negro. Por unos momentos dudó. ¿Qué estaba haciendo? Aquel poder era demasiado grande, demasiado terrible. Y sin embargo, el conocimiento era su vida; la sabiduría, su única meta. Algún día, tal vez, estaría preparado para utilizarlo...

Desterrando el miedo que comenzaba a anidar en él, tendió la manta sobre el Báculo y lo enrolló con ella, poniendo especial cuidado en no volver a tocarlo. Luego, tras atarlo, lo recogió y volvió a acercarse a su montura, que comenzó a caracolear, asustada.

—Calma —la apaciguó el mago—. Todo va bien. Está envuelto. No puede hacerte daño.

Aquellas palabras lograron tranquilizar al animal, y Dorken pudo insertar el fardo entre los enganches de la silla de montar.

—Vamos, alejémonos de este lugar maldito —sugirió, escalando a su lomo.

El caballo trotó hacia unos montículos de roca que se alzaban en la distancia. A medida que se alejaban, la opresión que ambos habían sentido se fue diluyendo y pudieron por fin volver a respirar.

Dorken alternaba la mirada entre el terreno que cruzaban y aquel fardo que había ajustado a la silla, como una enorme espada, como el astil de la guadaña de la Muerte...

Hasta que vio una gran mancha que oscurecía la hierba frente a ellos. Sangre, sin duda. El rastro se prolongaba hacia uno de los montículos de piedra, que estaba coronado por un enorme árbol cuya frondosidad contrastaba con aquellos parajes desolados y estériles.

El mago desmontó y estudió las huellas que salían de aquel charco de sangre seca. Por la manera en que estaban dispuestas, daba la impresión de que alguien había recogido un cuerpo y se lo había llevado. Probablemente había vuelto sobre sus pasos para llevarse un segundo cuerpo.

Sin soltar las riendas del animal, siguió aquellas extrañas huellas, demasiado tenues para pertenecer a un hombre que carga con el peso de otra persona. Sobre el montículo de roca, el árbol se alzaba hacia las alturas con majestuosidad. Su tronco era tan grueso que habrían hecho falta cuatro hombres para rodearlo con sus brazos. Bajo él, las rocas formaban una cueva.

La montura, aún nerviosa, coceó la tierra seca, y Dorken la acarició bajo las carrilladas, antes de dirigirse solo hacia la boca de la cueva. La oscuridad de su interior la atenuaban dos finos haces de luz que descendían desde el techo de

pedra. El árbol que reinaba sobre el montículo nacía allí abajo, enterrando sus raíces en aquel lecho de tierra, prolongando su colosal tronco hacia el techo de la cueva y saliendo al exterior a través de una amplia oquedad abierta en la cúpula, por la que también se colaban aquellas lanzas de luz solar que quebraban la negrura.

El hechicero entró despacio, tratando de adaptarse a la penumbra. Todo era silencio. La brisa que serpenteaba en el exterior parecía tener vedada la entrada a aquel lugar.

Entonces se detuvo, con la respiración congelada en el pecho.

Al pie del árbol había alguien. Sus dilatadas pupilas solo conseguían distinguir la forma de lo que parecía una mujer, recostada contra el tronco, sentada con las piernas dobladas y abrazando a un niño. Junto a ella, tendido en el suelo y apoyando la cabeza en su regazo, había alguien más.

Nadie se movía.

Dorken dio unos pasos más hacia el interior, apretando con fuerza la empuñadura de la espada.

Era extraño. Sin duda, aquellas personas tenían que haberle visto entrar, haber visto su silueta recortarse contra la luz exterior en la boca de la cueva, haber oído sus pasos. Y, sin embargo, nadie se movía. La mujer continuaba mirando al niño, sus cabellos cayendo en cascada sobre él.

Un penetrante olor a madera y resina inundaba el lugar.

En aquel momento, como si una voz le hubiese susurrado el secreto al oído, el mago supo por qué permanecían inmóviles.

Un quedo siseo salió de sus labios, un ensalmo que hizo nacer de su cuerpo una pequeña bola de luz que quedó flotando junto a él, refulgiendo para iluminar la cueva.

Y las sospechas del hechicero se confirmaron.

Las figuras que se recostaban contra el árbol no eran personas. Se trataba de dos seres tallados en el propio tronco, aquel tronco que proseguía su ascenso hasta atravesar los techos de piedra de la cueva. Una hermosa elfa se sentaba en el suelo y miraba a su hijo con dulzura, sonriéndole y rodeándolo con el brazo. Su hijo la abrazaba, alzando la mirada y devolviéndole la sonrisa. La escultura era tan perfecta, tan sublime que aquellos seres parecían cobrar vida. Los ojos rasgados, las orejas afiladas, los cuerpos estilizados, los dorados cabellos de la elfa: todo, cada mínimo detalle estaba cincelado con una maestría absoluta, con una pericia inigualable. Los pliegues de los ropajes, los hoyuelos de las sonrisas, la expresión de sus miradas, todo era perfecto.

Pero algo más atrajo la atención de Dorken, algo que logró apartar su mirada de aquella extraordinaria creación: en el suelo yacía un auténtico elfo, acurrucado sobre sí mismo. Apoyaba la cabeza en el regazo de la elfa de madera, cuya mano parecía acariciarlo. Su cuerpo estaba cubierto de sangre.

Los cabellos se le pegaban al rostro contrito, inerte.

El mago se acercó despacio. El pecho de aquel ser no se movía. Varios cortes en su cuerpo señalaban los lugares por donde se le había escapado la vida. Tenía también dos marcas de flecha, que probablemente se habría arrancado él mismo. La sangre seca formaba grandes costras sobre las heridas.

Lo que vio Dorken entonces lo estremeció. En el suelo, junto al elfo, había un cincel, fabricado con una punta de flecha quebrada y un trozo de madera. También había un martillo de metal, de manufactura indudablemente humana. Y bajo aquellas herramientas, la tierra estaba oscura, húmeda,... revuelta: alguien había excavado allí.

Una tempestad de ideas acudió a la mente del mago, unas ideas que lo hicieron caer de rodillas, más fascinado aún por aquella maravillosa cripta.

¿Qué había sucedido allí? ¿Habían aquellos hombres de allá fuera matado a la familia del elfo? ¿Había este logrado acabar con todos y cada uno de ellos? ¿Cómo había conseguido vencer al brujo, al amo de aquel Báculo Negro tan poderoso? Sí, pese a ser poco probable, aquello tenía sentido. Lo que no lo tenía era que aquel elfo, gravemente herido, hubiese logrado cargar con los cuerpos de su esposa y de su hijo hasta aquella cueva, que hubiese cavado una fosa común y les hubiese dado sepultura para que regresasen a sus orígenes. Pero lo que más aturdió al hechicero era que, antes de caer sin aliento, hubiese conseguido tallar aquellas figuras, aquellas vívidas imágenes de los seres a los que amaba, que hubiese obrado el más extraordinario mausoleo que jamás nadie pudiera haber visto.

Sin salir de su estupor, cogió la mano del elfo y comprobó sus constantes vitales. ¡Había latido! Leve, casi imperceptible, pero lo había: ¡su corazón palpitaba!

Sin perder un instante, se quitó la capa y la tendió sobre la tierra, donde acostó al elfo. Entonces salió y cogió un pequeño saco de una de las alforjas de su montura. Por un momento, sus ojos se detuvieron en el fardo en cuyo interior se hallaba el Báculo Negro, aquel instrumento oscuro, aquel canalizador de la magia más aviesa y poderosa. Solo con tocarlo había sentido su fuerza, su fascinante poder; pero también le había sido revelado el destino de quien le diese uso, de quien lo portase, que quien se erigiese como su amo; un destino, sin duda, demasiado sombrío.

Apartando aquellos pensamientos, entró a la cueva con el saco de cuero en la mano. El aroma a madera recién cortada volvió a impregnar sus pulmones, como si quisiera insistirle en que aquella estatua no estaba allí antes, que era una obra de reciente creación.

Dorken se aproximó al elfo y, tras rasgarle la camisola, comenzó a limpiarle las heridas con un trapo impregnado con uno de sus ungüentos. La hoja de una espada había mordido su carne tres veces, dejando tras de sí unas dentelladas

profundas. Además tenía dos marcas de flecha: una en un hombro y otra en la espalda. De algún modo, el elfo había logrado arrancárselas. Pero lo que más preocupaba al hechicero no eran aquellas graves heridas, sino que el elfo mostraba una oscura mancha en el pecho que no provenía de ningún arma física. Dorken sabía que aquello era producto de la magia, de uno de los hechizos más impíos que se podían pronunciar: el Creador de Demonios, solían llamarlo, un sortilegio que se instalaba en el pecho de la víctima y conseguía que su mente generase las más terribles aberraciones, los más abyectos engendros.

¿Cómo había logrado el elfo esculpir aquel mausoleo cuando su mente le hacía ver atroces seres a su alrededor? ¿Eran aquellas visiones las que lo habían llevado a acurrucarse en el regazo de la figura de su esposa en busca de la muerte? Sin duda.

Dorken entornó los párpados. No había esperanza: aquel elfo no sobreviviría.

En el exterior de la cueva, el aullido de los lobos sonó demasiado cercano, y la montura del mago resopló una vez más antes de adentrarse en busca de su dueño. El calor del día se había tornado en un viento frío que traía consigo oscuros nubarrones.

—¿Estás bien, padre? —preguntó Íhllion, arrancándolo de sus recuerdos, trayéndole de vuelta de aquella cueva a sus tierras de cultivo.

Dorken inspiró profundamente. Su hijo había avanzado un gran trecho, y por lo que parecía él había permanecido todo aquel tiempo viajando por el pasado.

—Sí, estoy bien —mintió, comenzando a cortar el trigo con mayor presteza para tratar de recuperar el trabajo perdido.

Íhllion lo miró de reojo. Sabía que habían sido sus preguntas las que lo habían llevado a aquel estado. Su padre siempre había rehusado contarle qué era lo que había sucedido, alegando que el elfo le había pedido el más absoluto silencio.

Esa noche, aquellos tristes episodios volvieron a asaltar al hechicero, incapaz este de conciliar el sueño...

Durante tres días y tres noches, casi sin descanso, había permanecido junto al elfo, aplicándole pócimas de hierbas que él mismo había mezclado, ocupándose más de la herida del pecho —causada por las artes arcanas del nigromante— que de las heridas físicas. Pese a que Dorken depositaba en él pocas esperanzas, el elfo no empeoró. Su estado se mantenía sobre una delgada línea de la que el hechicero temía que pronto caería.

Pero al tercer día vio algo que lo cambió todo. Había decidido tomarse un breve descanso, recostado contra la pared de piedra, cuando un sueño profundo se apoderó de él. Las pesadillas reptaron hasta su mente, trayendo consigo los

oscuros ojos del creador del Báculo. Volvía a verlo sentado en su imponente trono, y esta vez pudo oír su voz.

« Lo creé para ti... », le susurraba.

Con aquellas palabras reverberando en sus oídos, despertó sobresaltado. Frente a él, el tronco del árbol se alzaba en toda su magnitud hasta perderse más allá de la bóveda de la cueva. La escultura que tanto lo había conmovido se hallaba débilmente iluminada por los rayos de luz que se colaban desde las alturas. Y por un momento, el mago dudó de lo que estaba viendo. No podía ser: ¿había cambiado la expresión de la elfa? ¿Estaba... triste? Poniéndose en pie y volviendo a invocar la bola de luz, se acercó a ella. Una lágrima de resina brotaba de aquellos ojos de madera y se deslizaba por su pulida mejilla. ¡Lloraba! ¡La elfa estaba llorando! Dorken sintió una angustia que jamás había sentido, y la tristeza de la elfa de madera se instaló también en su corazón.

En aquel momento tomó una decisión. Si el elfo tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir, la cura no se encontraba entre las hierbas que llevaba en las alforjas. Tendría que llevarlo consigo... a su hogar.

Sin mucho esfuerzo, tomó al elfo en brazos y lo colocó sobre el lomo del caballo. Luego, agarrando las riendas del animal, lo condujo fuera. Antes de salir echó una última mirada atrás. Y al hacerlo descubrió que el ademán de la elfa había vuelto a cambiar. Las lágrimas se habían borrado de sus bellos ojos, y la sonrisa había retornado a sus labios. Además, el pequeño elfo parecía haber girado la cabeza, de forma casi imperceptible, para mirar al mago, como si se quisiera despedir de él, como si le quisiera dar las gracias.

Incapaz de respirar, atravesado su cuerpo por un estremecimiento, Dorken abandonó la cueva.

La noche se consumía con avidez, y el sueño no acudía al hechicero. Tratando de no despertar a su esposa, se levantó de la cama y salió al pasillo. Sus pasos lo condujeron hasta la habitación de Íhlon.

La puerta estaba entornada. Con cuidado, la abrió, sin conseguir evitar que un gemido naciese de ella. El joven se movió en el camastro, sumido en un sueño profundo.

Desde el quicio de la puerta, el mago permaneció unos instantes mirando a su hijo, observando cómo su pecho se movía con cada respiración.

Tal vez debería haberle relatado la historia de Leigel. Tal vez debería haberle contado que el elfo, aquel ser misterioso que tanto lo había hecho soñar, había estado en aquella cabaña, que su madre lo había llegado a conocer. Tal vez debería haberle contado que, en el mismo jergón donde él dormía ahora, el elfo había estado al borde de la muerte; que tan solo sus pócimas medicinales, su inagotable dedicación y la ternura de su esposa habían logrado que se recuperase

de las mortales heridas que pugnaban por llevárselo a los Campos Oscuros.

El hechicero recordó, con pesar, que había una que no habían logrado curar. Aquellas profundas huellas de las espadas, aquellas perforaciones causadas por las flechas habían sanado. Incluso el terrible efecto del hechizo que se le había instalado en el pecho había desaparecido gracias a los brebajes. Y, sin embargo, la insondable tristeza que acompañaría al elfo a partir de aquel día no parecía tener cura: aquella herida jamás se cerraría.

Íhlion era poco más que un bebé en aquel entonces, y nada podía recordar de aquellos sucesos, pero en aquella misma habitación, su padre había encontrado al elfo llorando, con él en brazos. El hijo del hechicero tenía la misma edad que el pequeño que le habían arrebatado a Leigel. En todos sus años de vida, Dorken nunca había vuelto a ver una tristeza tan grande como la que vio aquel día en sus ojos almendrados.

Aquella misma noche Leigel desapareció. Abandonó la granja con sigilo, al cobijo de las sombras. Durante semanas la cabaña quedó muda, como si estuviera vacía. A todos les había afectado demasiado lo ocurrido.

Meses más tarde el hechicero encontraría al elfo en el bosque. Leigel lo esperaba en un pequeño claro, de pie, apoyado sobre su arco. Su mirada conservaba aquella tristeza infinita que se instalase en ella desde aquel día.

Se había limitado a componer un esbozo de sonrisa, y a asentir a modo de agradecimiento, pero aquello había sido suficiente para el hechicero. Desde entonces, su corazón y el de Leigel habían estado ligados por un lazo inquebrantable. A partir de aquel día, el elfo vería a Dorken con regularidad, a espaldas de su pueblo —que jamás habría aprobado tal familiaridad—, y a cambio el hechicero debía respetar los dogmas de Leigel, su desconfianza innata, su arraigado desprecio por la raza humana; un desprecio con el que los Ancianos de su pueblo lo habían alimentado desde pequeño.

Los ojos del mago se habían cristalizado. No lograba imaginar lo que podía significar perder a un hijo.

Taciturno, volvió a entornar la puerta de la habitación de Íhlion y regresó a la cama.

Dos días más tarde se despedía de su familia. Desde la grupa de su caballo, asintió levemente una vez más y se ajustó el abrigo de piel. Nel ocultaba las lágrimas tras una sonrisa compuesta, mientras que Íhlion lo miraba con tanto orgullo que se le hinchaba el pecho. Los dos pequeños jugaban bajo el dintel de la entrada, ajenos a lo que aquel momento significaba para todos ellos.

Embargado por una extraña aprensión que no llegaba a comprender, Dorken

inspiró hondo y espoleó a la montura.

En el Templo del Silencio, el Orador Tihél lo esperaba, custodiando las más sombrías noticias que el hechicero jamás habría imaginado...



CARLOS GONZÁLEZ SOSA (Las Palmas de Gran Canaria, 1972). Descubrió su pasión por las letras desde muy joven y escribió su primera novela a la edad de 12 años y ganó varios concursos de cuento corto. Tras viajar por la vieja Europa, aprendiendo idiomas, ingresó en la Facultad de Traducción e Interpretación de la isla donde nació y se especializó en inglés y alemán. Ha sido traductor y profesor de inglés en Gran Canaria. Los señores de los siete tronos: La puerta es su cuarta novela, a la que sigue El holocausto, continuación y cierre de la bilogía Los señores de los siete tronos.